¿Qué sé yo? Montaigne: el primer

Psicoanalizante

What do I Know? Montaigne: The First Analysand

Alfredo Eidelsztein

RESUMEN:

Se propone una lectura de los Ensayos de Michel de Montaigne desde una perspectiva inédita. No se los lee como la manifestación de una orientación escéptica moderna, sino desde otra que los propone como el primer caso de posición de analizante. Se considera para sostener tal lectura: la divisa “¿Qué sé yo?” que implica una docta ignorancia sobre sí mismo, la conversación constante, la inmixión de Otredad, la asociación libre y, entre otros argumentos, una filosofía que rechaza tanto el ser del yo como el de la condición humana.

PALABRAS CLAVE: autoanálisis - analizante - docta ignorancia - yo - ser - inmixión de Otredad.

ABSTRACT:

We propose a reading of Michel de Montaigne’s Essays from a completely new perspective: not as the manifestation of a sceptical modern orientation but as the first case where the position of the analysand appears. In order to support such reading, we consider the device “What do I know?” which implies: learned ignorance (docta ignorantia) of oneself; constant conversation; inmixing of Otherness, free association and -among other arguments- a philosophy that rejects either “the ego” or “the human” as conditions of being.

KEY-WORDS: auto-analysis – analysand – learned ignorance – ego – being – inmixing of Otherness.

Esta investigación es una respuesta a un planteo muy difundido que se encuentra, por ejemplo, en el capítulo “Análisis de ‘L’humaine condition’” del libro Fuentes del yo de Charles Taylor.[[1]](#footnote-1) En el mismo se destaca la participación de Michel de Montaigne, el famoso filósofo renacentista francés, en la constitución de la interioridad del yo individual con su moral correspondiente en el proceso de constitución de la identidad moderna. El título del capítulo de Taylor se debe a la famosa declaración de Montaigne respecto a que cada hombre lleva en sí la plenitud de la condición humana.[[2]](#footnote-2) Lacan también destacó la importancia de los Ensayos pero los planteó en otra dirección: en la de la genealogía del viraje constitutivo del fading o desvanecimiento del sujeto con el que opera el psicoanálisis. Por mi parte, voy a presentar en este trabajo un aspecto no considerado aún y lo haré en torno a lo que designaré “El caso Montaigne”.

Michel Eyquem señor de Montaigne vivió entre 1533 y 1592 en la zona francesa de Burdeos. La familia paterna adquiere posición aristocrática (castillo, título honorífico y escudo) a partir de la fortuna acumulada por el abuelo burgués. La materna también ascendió en la escala socio económica a partir del rico abuelo, Mosche Pazagon, judío de origen portugués y habitante de la judería de Calatayud, quien deviene García López de Villanueva y la madre pasa luego a ser en francés Antoinette Louppes de Villeneuve. Ellos se convirtieron en cristianos nuevos escapando así de las garras de la Santa Inquisición, lo que no lograron varios de sus ancestros.

En sus extensos Ensayos, aunque sostiene que habla de sí mismo y lo hace mucho en honor de su padre, de quien afirma: “el mejor padre que jamás haya existido”,[[3]](#footnote-3) Michel no menciona a la madre, salvo en una cita incidental; tampoco hace referencia a su origen innoble y judío. Incluso no se encuentra en sus tres volúmenes, salvo en uno o dos renglones, relatos sobre su esposa Françoise o los seis hijos que tuvo con ella; tampoco casi se menciona el fallecimiento de cinco de ellos todavía lactantes ni a su única hija superviviente, Leonor.[[4]](#footnote-4)

Desempeñó un alto cargo electivo de funcionario público (alcalde de Burdeos) luego de la primera publicación de su libro. Durante varios años de su vida ejerció la tarea de moderador en las cruentas luchas religiosas entre católicos –como él siempre se reconoció salvo en uno o dos renglones– y los protestantes –como lo fueron dos de sus hermanos–. Rechazó, sin embargo, cargos en la corte que le fueron ofrecidos por el rey Enrique IV.

Su padre practicó con él un verdadero y sorprendente “programa pedagógico”. Sus primeros años de vida se los hizo transcurrir viviendo con una familia de campesinos pobres para así conocer y acostumbrarse a los rigores de las miserias de la vida de necesidad; cuando volvió al castillo familiar fue educado e instruido exclusivamente por un pedagogo alemán que sólo le hablaba en latín y en tal lengua fue instruido en las ciencias y en los autores clásicos. Entró al colegio a los 8 años sin saber francés, a pesar de lo cual concluyó satisfactoriamente sus estudios en leyes.

Esta crianza e instrucción producto del plan diseñado por su padre, pero notable y evidentemente influenciado por los ideales del Renacimiento, evocan los argumentos,

estudiados por nosotros en Apertura, que Edith Badinter[[5]](#footnote-5) utiliza para desmentir la existencia del supuesto amor maternal instintivo, que obligaría a las madres a retener a sus niños junto a ellas, ya que era habitual que las familias francesas ricas practicasen el alejamiento de sus niños recién nacidos para que fuesen criados por pobres amas y familias sustitutas. En el caso de Michel que estamos revisando, incluso se atacó la lengua materna. Él, a este respecto, nos relata:

La lengua latina es en mí como natural e ingénita (mejor la entiendo que la francesa); sin embargo, hace cuarenta años que de ella no me he servido para hablarla y apenas para escribirla, a pesar de lo cual, en dos extremas y repentinas emociones en que vino a dar (…) mi vida, (…), lancé siempre del fondo de mis entrañas las primeras

palabras en latín...[[6]](#footnote-6)

Los Ensayos de Montaigne, si bien no inauguran en sentido estricto este estilo de escritura, lo marcaron en forma indeleble e, incluso, Montaigne creó la palabra essais para designarlo.[[7]](#footnote-7) Comenzó a escribirlos alrededor de 1571, al poco tiempo de la muerte de su padre. Los mismos fueron aumentados por su autor constantemente hasta su muerte, en especial luego de publicar la primera edición en 1580. Una característica muy destacable es que, en sentido estricto, Montaigne no escribió los Ensayos, él se los dictó a lo largo de décadas a tres distintos secretarios que utilizó en forma consecutiva; así debemos reconocer que los fue diciendo en voz alta a sus amanuenses. Además, y esto es de lo más remarcable del asunto para mí: no fueron, según declara él mismo, más que el producto de lo que propongo considerar una “asociación libre”:

En este libro, ¿qué hay si no figuras grotescas y cuerpos monstruosos, sin forma cierta y sin orden, sucesión y proporción que no sean fortuitos?[[8]](#footnote-8)

Escojo al azar el primer argumento con que doy, porque todos los considero por igual

y nunca me propongo seguirlos enteros, ya que no veo el conjunto de nada.[[9]](#footnote-9)

Las fantasías de la música el arte acomoda, las mías la casualidad.[[10]](#footnote-10)

En el mismo sentido que para mí posee tanto el haber dictado como la asociación libre, Michel Eyquem testimonia que el motivo del inicio y la prosecución de la escritura

de sus famosos Ensayos fue el temprano fallecimiento de su íntimo amigo Étienne de la Boëtie,[[11]](#footnote-11) el autor de Discurso sobre la servidumbre voluntaria, luego llamado Contra uno, muerto de peste en 1563 a los 33 años y autor de su famosa obra antes de cumplir los 18 años. Este texto fue la vía a través de la cual Montaigne se interesó por su amado amigo. En relación a su notable amistad con La Boëtie, Montaigne afirma que no hubo ninguna así en la Antigüedad y que no aparecen de esta magnitud ni una cada tres siglos.[[12]](#footnote-12)

Describe la amistad –que plantea como asunto entre hombres- como muy superior tanto al amor por las mujeres, que se disipa en la satisfacción del goce sexual, como a la relación entre padres e hijos, que se basa en el respeto y la autoridad. La amistad, como la suya con Étienne, se goza incluso mientras se desea y nunca desmaya ya que es asunto del espíritu. Esta relación representa, según afirma nuestro autor, el objeto y el motivo centrales de sus Ensayos. Así se reencuentra un factor esencial del otro caso famoso de autoanálisis –tal es el modo en que propongo considerar los Ensayos de Montaigne: el caso de Freud, el diálogo con su amado amigo Wilhelm Fliess, la “conversación fundamental” que, según el análisis de Lacan, hizo del inconsciente algo que: “…desborda (…) infinitamente lo que ambos, como individuos, pueden aprehender…”[[13]](#footnote-13), se constituye en lo que Lacan propone como la conversación que sostuvo el desarrollo íntegro de las concepciones de Freud.

Se debe destacar también la relación entre Montaigne y Marie de Gousnay, su “fille d’alliance”, que lo conoce a los dieciocho años cuando él tiene más de cincuenta. A través de la lectura de la primera edición de los Ensayos ella queda fascinada y a partir de allí se establece entre ellos un vínculo de la máxima trascendencia para ambos. Luego de la muerte de Michel, Marie edita los Ensayos con todos los agregados realizados por él. Marie de Gousnay, reconocida mujer de letras y feminista, jamás se casó ni tuvo hijos.

Aunque a simple vista resulte contradictorio, además de centrarse sobre su amigo, a quien incluso le publica dentro de los Ensayos una extensa serie de sonetos,[[14]](#footnote-14) en la introducción a sus tres volúmenes, titulada: Del autor al lector, Montaigne afirma lo que todo el mundo ha rescatado: que en los mismos sólo se pinta a sí mismo, su modo de ser y que él es el único tema de la obra, tal como lo enuncia en las siguientes citas:

Yo no sólo oso hablar de mí, sino que sólo de mí hablo; cuando salgo de esto me extravío, y pierdo mi tema.[[15]](#footnote-15)

Los autores se comunican con el mundo merced a un distintivo especial y extraño; yo, principalmente, merced a mi ser general, como Michel de Montaigne, no como

gramático, poeta o jurisconsulto. Si el mundo se queja porque yo hablé de mí demasiado, yo me quejo porque él ni siquiera piensa en sí mismo.[[16]](#footnote-16)

Así los Ensayos se centran y enfocan en la conversación con su eterno y amado amigo aunque en los mismos sólo se pinta a él mismo, a su vez -y esto constituye otra de sus propiedades específicas-, lo hace bajo su famosa divisa “Que sais je?” ¿Qué sé yo? que, como destaca Lacan, a diferencia del conjunto de los comentaristas de Montaigne, no implica una posición escéptica o pirroniana, porque según su interpretación no comporta un “No se puede saber nada”[[17]](#footnote-17) sino más bien, una ignorantia docta,[[18]](#footnote-18) que Lacan a su vez tipifica así: no se trata de la ignorancia de un sabio sino una formal, en cuanto a la relación de exclusión mutua entre el saber y el yo.[[19]](#footnote-19) Montaigne, coincidentemente con Lacan, afirma que la ignorancia es su soberana maestra,[[20]](#footnote-20) aunque: “Amo y honro el saber y a quienes lo practican,…”[[21]](#footnote-21) Incluso, sostiene “(…) hasta en el ignorar vamos conformes y en igual sentido, mi libro y yo.”[[22]](#footnote-22) Respecto de los escépticos, Montaigne afirma que al sostener un “Yo dudo de todo” en forma estricta, ellos se contradicen ya que no pueden escapar de afirmarlo.[[23]](#footnote-23) Consecuentemente, sostiene: “La ignorancia no es completa…”[[24]](#footnote-24) e incorporó una dimensión a la que los escépticos antes de él no habían arribado. Como afirma Sarah Bakewell: “ser capaz de salir de detrás de sus propios ojos para contemplarse a sí mismo con la suspensión pirroniana del juicio”[[25]](#footnote-25) y, agrego: a partir y en relación a la función del Otro.

Montaigne, en uno de los capítulos de sus Ensayos, el dedicado justamente al arte de conversar o platicar,[[26]](#footnote-26) explicita que él intenta que su público evite imitarlo y que procure eludir sus imperfecciones y contradicciones y así se presenta cabalmente como un librepensador, mediante la siguiente semblanza:

Ninguna proposición me sorprende, ninguna creencia me lesiona, por contraria que fuese a la mía, y no hay fantasía, por extravagante que sea, que no juzgue yo adecuada al espíritu humano.[[27]](#footnote-27)

En este mismo sentido, también sostiene una posición referida al tratamiento de lo sexual -que nosotros tendemos a suponer como recién aparecida a partir de Freud:

Hemos enseñado a las damas a enrojecer con sólo oír nombrar lo que en modo alguno temen practicar; no osamos nombrar directamente nuestros miembros, pero no tememos emplearlos en toda suerte de concupiscencias. Los miramientos nos vedan el expresar por palabras las cosas lícitas y naturales, y acatamos los miramientos;…[[28]](#footnote-28)

Montaigne sostiene, además, una posición notable sobre la posibilidad de certezas sobre el mundo humano, lo que se manifiesta en cientos de páginas de sus Ensayos, pero que se evidencia con gran nitidez con sólo considerar algunos títulos de los capítulos, por ejemplo: De cómo por medios diversos se llega a un fin semejante;[[29]](#footnote-29) Sobre diversas cosas de análoga suerte;[[30]](#footnote-30) De cómo lloramos y reímos de una misma cosa;[[31]](#footnote-31) De cómo el gusto de los bienes y los males depende en gran parte de la opinión que sobre ellos tenemos;[[32]](#footnote-32) De la inconstancia de nuestras acciones;[[33]](#footnote-33) etc.

La obra y la posición del autor que presento relacionan de un modo muy especial: 1° la articulación de una semblanza personal, pero 2° originada y sostenida en la relación al diálogo con el amado amigo; 3° dictada al secretario, un partenaire neutro y 4° desde una actitud caracterizada por la divisa de Montaigne que utilizo como título de mi trabajo “¿Qué sé yo?”, que interpreto así: “No soy yo el que sabe”. Él lo afirma del siguiente modo: “Por mi parte, nada estimo tan oscuro como lo mío, y doy a mis Ensayos un valor ora alto, ora bajo, con gran inconstancia y duda.”[[34]](#footnote-34) Y también: “Yo, rey de la materia que trato y en la que nada debo a nadie, no siempre, empero, me creo a mí mismo.”[[35]](#footnote-35) A lo que consecuentemente nos aclara: “Yo no enseño, lo que hago es relatar.[[36]](#footnote-36) Y así: “(…) seguir un movimiento tan fluctuante como el de nuestra mente, penetrar en las opacas profundidades.”[[37]](#footnote-37)

Por tal motivo y como Freud, pero más de trescientos años antes, intentó utilizar el material de los sueños. Para tal fin se hacía despertar regularmente en la mitad de la noche para relatar sus sueños[[38]](#footnote-38) y explorarse a partir de este extraño material.

El recorrido de los tres volúmenes de esta obra validan la interpretación que les propongo: una página de cada dos está coronada o sostenida en una frase de autoridad o la experiencia de un famoso, incluso por las vicisitudes o anécdotas de la vida de un conocido del autor o un refrán de la sabiduría popular. El diálogo, la cita y la glosa constituyen la estopa implícita y explícita de toda la obra. En los Ensayos son más de mil estos lugares, incluso propongo pensar que este es el principal motivo de la publicación. Con sus Ensayos, Montaigne no buscó la enseñanza, ni tampoco presentar su vida como ejemplar, no se trata de una autobiografía siquiera de confesiones, tampoco de una historia de “mi vida”, sino sostener el diálogo constante, en este caso también con el lector. André Gide en su comentario sobre Montaigne afirma que nuestro autor se presenta como “hombre común”.[[39]](#footnote-39)

Mi idea respecto del “caso Montaigne” es que constituye el primer caso de “autoanálisis” en el mejor sentido del autoanálisis de Freud, tal como lo plantea Lacan y como Montaigne mismo lo dice:

…voy de acuerdo con la disciplina que jamás ningún hombre trató, el asunto que mejor (…) yo entiendo y conozco (…); en él soy el hombre más sabio que existir pueda; (…), ningún mortal penetró nunca en su tema más adentro, ni más distintamente examinó los miembros y consecuencias del mismo, (…) Expuse la verdad, no hasta el hartazgo, sino hasta el límite en que me atrevo a exteriorizarla,…[[40]](#footnote-40)

Tiene en esto toda la razón: fue el primero.

No se trata como ya dije de una autobiografía, sino del testimonio de un saber no sabido, en especial sobre su yo y el propio ser y, sostenido en el diálogo tejido, afirmado y sostenido en la inmixión, el entrelazamiento de otredad, tanto de la que parece provenir de otras personas, historias, dichos, etc., como de la que aparenta poseer fuentes individuales e internas. Montaigne lo afirma así: “Nunca vivimos en nosotros mismos, sino siempre más allá.[[41]](#footnote-41) Coincidentemente, nos da a reflexionar lo siguiente: “Ocúrreme a menudo que no me hallo donde me busco y que me descubro más por casualidad que por búsquedas de mi juicio.”[[42]](#footnote-42)

En los términos de Lacan: Montaigne se centra entre su yo, el otro y el Otro; un yo que no sabe de sí mismo ni nada definitivo sobre la condición humana y así participa del momento vivo de la afánisis del sujeto y de un viraje histórico de su concepción.[[43]](#footnote-43) Este momento implica la consideración conjunta de lo que involucró el Renacimiento, del surgimiento de la ciencia moderna y de la figura del libertino, no el personaje hedo-

nista y transgresor llevado a la fama por las versiones popularizadas de Don Juan o de Casanova, sino del librepensador. Lacan la plantea como la gran experiencia subversiva del pensamiento libertino,[[44]](#footnote-44) anti autoritario y anti dogmático como lo que fascinó a Montaigne de las ideas de La Boëtie. Su posición de librepensador seguramente podría ser articulada a la educación recibida.

No es mi intención destacar sólo el valor del “autoanálisis” en el sentido psicoanalítico que postulo como la propiedad fundamental de los Ensayos de Montaigne, sino del valor del estudio del momento y las condiciones del viraje histórico del sujeto: su fading, que implica un cambio fundamental en relación al saber consolidado y a la autoridad, y así dar a pensar que el famosísimo autoanálisis de Freud, no es una anécdota única de la vida de un genio ejemplar sino más bien una posibilidad habilitada en nuestra sociedad y cultura por cambios subversivos en el estatuto del saber, del Otro y del sujeto; todos estos cambios imprescindibles para el surgimiento y la puesta en funcionamiento del concepto psicoanalítico del inconsciente.

De los Ensayos y en el sentido que les estoy proponiendo y que no he encontrado destacado por ningún otro autor, siquiera en Lacan, cabe plantear un autoanálisis, o sea, un análisis del propio yo ignorante de sí y que, además, se plantea enteramente atravesado por el otro (el semejante), el Otro (las encarnaduras del ) y el (el conjunto no completo del significante). Esto lleva a Montaigne a asumir una posición filosófica, la cual resalto mediante las siguientes citas:

Sujeto maravillosamente vano [vacío, hueco], variable y fluctuante [ondulante] es el hombre, de quien cuesta trabajo formar juicio uniforme y constante.[[45]](#footnote-45)

…no hay ninguna existencia constante ni de nuestro ser, ni del de los objetos. Nosotros y nuestro juicio y todas las cosas mortales van fluyendo y rodando sin cesar…[[46]](#footnote-46)

Yo no pinto el ser, pinto solamente lo transitorio.[[47]](#footnote-47)

Por tal motivo, Montaigne habla de su filosofía como de una “filosofía casual”[[48]](#footnote-48) y de él puede decirse que fue un “filósofo accidental e impremeditado”.[[49]](#footnote-49)

Los comentaristas en general y Taylor en particular destacan de los Ensayos el hallazgo del yo a través del autoexamen, pero propongo lo contrario. Nuestro autor, respecto de

su yo, prefiere la búsqueda permanente, él lo designa: “el placer de la caza”[[50]](#footnote-50) en el seno de una conversación casi perpetua con una madeja intrincada de interlocutores, más que el hallazgo de propiedades individuales o universales del hombre. De aquí mi interpretación de su famoso lema y divisa “¿Qué sé yo?”, que lo plantea en plena inmixión de Otredad y que implica el funcionamiento de la instancia de un saber no sabido en especial sobre el sí mismo que no supone ningún ser estable o perenne.

El autoanálisis de Freud estuvo orientado al encuentro y efectivamente halló una supuesta naturaleza universal del hombre (pulsiones de vida y muerte, complejo de Edipo, complejo de castración, etc.), el de Montaigne se caracteriza por destacar que la del hombre es una naturaleza variable, un ser vacío, ondulante, fluctuante y en balanceo permanente dada la relación con los otros. Por estos motivos es que Lacan pudo afirmar que fue Montaigne quien supo que lo que designa “sujeto” es el rechazo de cualquier posible síntesis del yo,[[51]](#footnote-51) lo que destaca el fenómeno, que se debe desprender de los Ensayos y de la verdad más radical del psicoanálisis: siempre que se revela una dimensión yoica se la deniega en el mismo momento de afirmarla. El caso no es, tal como afirma Lacan, de una retractación de pertenencia sino de una negación formal, o sea, del desconocimiento que se presenta siempre en forma invertida: “No vaya a creer Usted que yo…”[[52]](#footnote-52).

Así, y para concluir, si se le asigna a Sócrates ser el primer antecedente de la posición del analista dada su práctica del arte de la mayéutica desde la posición: “Sólo sé que no sé nada”, que no postula una condición ignorante sino una posición formal frente al saber y las certezas, no debe desconocerse que Montaigne, en los inicios de la Modernidad, fue el primer analizante y, en este sentido, seguirá siendo, como lo llama Lacan, nuestro “guía eterno”;[[53]](#footnote-53) que ofició en el momento histórico del surgimiento de la afánisis del

sujeto y el posible advenimiento de la operatoria del inconsciente en la práctica del analista, tal como lo postulamos en Apertura.-

Bibliografía

Badinter, E. (1981). ¿Existe el amor maternal? Barcelona: Paidós.

Bakewell, S. (2011). Cómo vivir. Una vida con Montaigne. Barcelona: Planeta.

Ferrater Mora, J. (1982). Diccionario de filosofía. Tomos 1 al 4. Barcelona: Alianza.

Gide, A. (1939). El pensamiento vivo de Montaigne. Buenos Aires: Losada.

Lacan, J. (2008). Escritos 1. Buenos Aires: Siglo veintiuno.

Lacan, J. (1983). El seminario, Libro 1. Barcelona: Paidós.

Lacan, J. (1984). El seminario, Libro 2. Barcelona: Paidós.

Lacan, J. (1987). El seminario, Libro 11. Buenos Aires: Paidós.

Lalande, A. (1988). Vocabulaire Technique et Critique de la Philosophie. Paris: Presses Universitaires de France.

Montaigne, M. (sin datos). Ensayos completos. Vol. 1 al 3. España: Iberia.

Taylor, Ch. (2006). Fuentes del yo. Barcelona: Paidós.

Zweig, S. (2008). Montaigne. Barcelona: Acantilado.

ALFREDO EIDELSZTEIN

Psicoanalista, autor de varios libros de psicoanálisis (algunos traducidos al inglés, italiano y portugués). Sostiene, desde hace casi 30 años, actividades de transmisión del psicoanálisis en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, España, Uruguay.

e-mail: eidelszt@fibertel.com.ar

1. Cf. Taylor, C. (2006). Fuentes del yo. Barcelona: Paidós. 36 37. [↑](#footnote-ref-1)
2. Cf. Montaigne. (sin datos). Del arrepentimiento. En Ensayos completos. Vol. 3. Barcelona: Iberia. [↑](#footnote-ref-2)
3. Montaigne. (sin datos). Op. cit. Vol. 2. p. 95. [↑](#footnote-ref-3)
4. Cf. Montaigne. (sin datos). Op. Cit. [↑](#footnote-ref-4)
5. Cf. Badinter, E. (1981) ¿Existe el amor maternal? Barcelona: Paidós. [↑](#footnote-ref-5)
6. Montaigne. (sin datos). Acerca de tres distintos tratos. Op. cit. Vol. 3, p. 25. [↑](#footnote-ref-6)
7. . Bakewell, S. (2011). Cómo vivir. Una vida con Montaigne. Barcelona: Planeta. p. 20. [↑](#footnote-ref-7)
8. Montaigne. (sin datos). Op. cit. Vol. 1, p. 134. [↑](#footnote-ref-8)
9. Op. cit., p. 245. [↑](#footnote-ref-9)
10. Cf. Montaigne. (sin datos). Del arrepentimiento. Op. cit. Vol. 3. Op. cit. [↑](#footnote-ref-10)
11. . Cf. Montaigne. (sin datos). Veintinueve sonetos de Esteban de la Boëtie. Op. cit. Vol. 1. [↑](#footnote-ref-11)
12. .Idem. [↑](#footnote-ref-12)
13. Lacan, J. (1984). El seminario. Libro 2. Barcelona: Paidós. p. 187. [↑](#footnote-ref-13)
14. Cf. Montaigne. (sin datos). Veintinueve sonetos de Esteban de la Boëtie. Op. cit. [↑](#footnote-ref-14)
15. Montaigne. (sin datos). Op. cit. Vol. 3, p. 133. [↑](#footnote-ref-15)
16. Montaigne. (sin datos). Op. cit. Vol. 1, p. 20. [↑](#footnote-ref-16)
17. Lacan, J. (1980). El seminario. Libro 11. Op. cit., p. 231 [↑](#footnote-ref-17)
18. Lacan, J. (1983). El seminario. Libro 1. Buenos Aires: Paidós. p. 404. [↑](#footnote-ref-18)
19. Idem. [↑](#footnote-ref-19)
20. Montaigne. (sin datos). Op. cit. Vol. 1, p. 245. [↑](#footnote-ref-20)
21. Montaigne. (sin datos). Op. cit. Vol. 3, p. 120. [↑](#footnote-ref-21)
22. Op. cit., p. 21. [↑](#footnote-ref-22)
23. Cf. Montaigne. (sin datos). Apología de Raimundo Sebond. Op. cit. Vol. 2. [↑](#footnote-ref-23)
24. Idem. [↑](#footnote-ref-24)
25. Bakewell, S. (2011). Op. cit., p. 165. [↑](#footnote-ref-25)
26. Idem. [↑](#footnote-ref-26)
27. Idem. [↑](#footnote-ref-27)
28. Cf. Montaigne. (sin datos). Del miedo. Op. cit. Vol. 1 [↑](#footnote-ref-28)
29. Op. cit., p. 5. [↑](#footnote-ref-29)
30. Op. cit., p. 84. [↑](#footnote-ref-30)
31. Op. cit., p. 174. [↑](#footnote-ref-31)
32. Op. cit., p. 191. [↑](#footnote-ref-32)
33. Montaigne. (sin datos). Op. cit. Vol. 2, p. 7. [↑](#footnote-ref-33)
34. Montaigne. (sin datos). Op. cit. Vol. 3, p. 131. [↑](#footnote-ref-34)
35. Op. cit., p. 134. [↑](#footnote-ref-35)
36. Op. cit., p. 21. [↑](#footnote-ref-36)
37. Cf. Montaigne. (sin datos). De cómo es peligrosa la hora de parlamentar. Op. cit. Vol. 1. [↑](#footnote-ref-37)
38. Bakewell, S. (2011). Op. cit. Barcelona: Planeta. p. 51. [↑](#footnote-ref-38)
39. Gide, A. (1939) El pensamiento vivo de Montaigne. Buenos Aires: Losada. p. 17. [↑](#footnote-ref-39)
40. Montaigne. (sin datos). Op. cit. Vol. 3, p. 20. [↑](#footnote-ref-40)
41. Montaigne. (sin datos). Op. cit. Vol. 1, p. 11. [↑](#footnote-ref-41)
42. .Op. cit., p. 31. [↑](#footnote-ref-42)
43. Cf. Lacan, J. (1986). El sujeto y el otro: la alienación. En El seminario. Libro 11. Buenos Aires: Paidós. [↑](#footnote-ref-43)
44. Cf. Lacan, J. (1988). Nuestro programa y Las pulsiones y los señuelos. En El seminario. Libro 7. Buenos Aires: Paidós. [↑](#footnote-ref-44)
45. Montaigne. (sin datos). Op. cit. Vol. 1, p. 7. [↑](#footnote-ref-45)
46. Cf. Montaigne. (sin datos). De la constancia. Op. cit. Vol. 1. [↑](#footnote-ref-46)
47. Cf. Montaigne. (sin datos). Del arrepentimiento. Op. cit. Vol. 3. [↑](#footnote-ref-47)
48. Cf. Montaigne. (sin datos). Apología de Raimundo Sebond. Op. cit. Vol. 2. [↑](#footnote-ref-48)
49. Bakewell, S. (2011) Op. cit., p. 337. [↑](#footnote-ref-49)
50. . Cf. Montaigne. (sin datos). Apología de Raimundo Sebond. Op. cit. Vol. 2. [↑](#footnote-ref-50)
51. Cf. Lacan, J. (2007). Acerca de la causalidad psíquica. 3. Los efectos psíquicos del modo imaginario. En Escritos 1. Buenos Aires: Siglo veintiuno. [↑](#footnote-ref-51)
52. Idem. [↑](#footnote-ref-52)
53. Cf. Lacan, J. (1986). El sujeto y el otro: la alineación. En El seminario. Libro 11. Op. cit. [↑](#footnote-ref-53)